

Lástima grande fué, porque siendo así como se decía, mucho habrían gozado los adoradores del arte con una cantante que como ella sabe y puede conmover. Porque esto no es tan común como pudiera suponerse: la mayor parte de nuestras artistas, infatuadas con su belleza, con su talento ó con el aplauso de sus oyentes, son positivas máquinas que cantan ó ejecutan, sin revelar en su impasible semblante que comprenden ó sienten la composición que interpretan. Son más ó menos perfectas muñecas de movimiento con caras de porcelana pintada, que se retiran de la escena ó se levantan del banquillo de un piano tan impasibles como un autómeta de buena fábrica, á sonreír con afectado amaneramiento á sus aplaudidores y á entregarse á vacíos diálogos con sus pretendientes ó con sus amiguitas elegantes: sus facciones no aparecen alteradas en lo más mínimo por emoción artística alguna, nada en ellas dice que sus almas hayan sido caldeadas por la inspiración y el pensamiento del autor, y se las ve tan impasibles y frías como impasibles y fríos quedan, al suspenderse su mecanismo, el curioso fonógrafo y el bien combinado piano eléctrico. Quienes oyeron alguna vez á la Sra. Ochoa de Miranda, cuentan que ella era la primera en conmoverse, y que su emoción de artista verdadera principiaba en el instante de prepararse á ejecutar alguna obra, antes aún de haber lanzado la primera nota, no concluyendo sino después de un largo rato de recogimiento y de reposo. Así son las almas de los verdaderos artistas.

CAPITULO XV

—
1894.

Pasemos ya á tratar de la temporada de Opera italiana de Napoleón Sieni, cuyo representante José Paltenghi hizo publicar en 21 de Agosto un cablegrama, fechado el mismo día en Saint Nazaire sur Loire, en que aquél le avisaba el embarco de toda la compañía y le autorizaba para abrir el abono. Hé aquí el *Elenco* ó lista: “*Maestro concertador y director de Orquesta*, Gino Golisciani: *Otro director*, Beniamino Lombardi: *Primeras sopranos dramáticas*, Mary D’Arneyro, Emilia Corsi: *Primera soprano ligero*, Ana María Pettigiani: *Primeras medios sopranos y contraltos*, Amedea Santarelli, Olga Ball: *Primeros tenores*, Francesco Signorini, Oreste Emiliani, Giuseppe Santinelli:

Primeros baritonos, Inocente De Anna, Silla Carobbi, Pietro Pobonski: *Primeros bajos*, Enrico Serbolini, Luigi Lucenti: *Primeras partes comprimarias*, Amelia Bellini, Alessandro Niccolini, Federico Ferraresi, Vittorio Font, Ubaldo Ceccarelli. — *Director de escena*, Ferdinando Villa: *Apuntador*, Ismael Corona. — *Cuerpo de coros*, de cuarenta y cuatro individuos, treinta de ellos contratados en Milán. — *Orquesta de cuarenta profesores*; *Primer violín*, Alberto Amaya: *Arpista*, Alfonso Scotti; *Banda dirigida por Miguel Ríos Toledano*. — *Precios de abono por veinte funciones*: Plateas y palcos primeros, *trescientos treinta y seis pesos*; Segundos, *ciento ochenta*; Terceros, *ciento ocho*; Lunetas y balcones, *cuarenta y dos*; Palcos de Galería *sesenta*; Delantero de galería, *doce pesos cincuenta centavos*. — *Precios eventuales en las principales localidades*: Plateas y primeros, *veinticuatro pesos*; Lunetas y balcones, *tres pesos*; Entrada general á galería, *cincuenta centavos*; Asiento numerado, *setenta y cinco centavos*. — En cuanto á repertorio, la Empresa anunció que daría como nuevas en México *Der Freischutz* de Weber, y *Manón Lescaut*, de Puccini. El *Freischutz* no tenía tal novedad; habíase ya cantado en el mismo Teatro Nacional, según dije en su lugar respectivo: de las obras que anunció como de su repertorio no se dieron *Roberto el Diablo*, *Dinorah*, *Lohengrin*, *Tannhauser*, *Julieta y Romeo*, *Carmen*, *Falstaff*, *Gioconda*, *Mefistófeles*, *La Judía*, *Favorita*, *Lucrecia*, *Barbero y Norma*.

El trabajo de la compañía fué el siguiente: en Setiembre; miércoles 12, primera de abono, *Aida*; jueves 13, segunda, *Fausto*; domingo 16, tercera, *Rigoletto*, en la tarde, *Fausto*; martes 18, cuarta, *Rigoletto*; jueves 20, quinta, *Lucia*; sábado 22, sexta, *Hugonotes*; domingo 23, séptima, *Fausto*; en la tarde, *Aida*; martes 25, octava, *Otello*; jueves 27, novena, *Hugonotes*; sábado 29, décima, *Freischutz*; Domingo 30, décima primera, *Freischutz*, en la tarde, *Hugonotes*. En Octubre, martes 2, décimasegunda, *Hernani*; jueves 4, décimatercera, *Trovador*; sábado 6, décimacuarta, *Aida*; Domingo 7, décimaquinta, *Traviata*, en la tarde, *Freischutz*; martes 9, décimasexta, *Hugonotes*; jueves 11, décimaséptima, *Manón Lescaut*; sábado 13, décima octava, *Manón Lescaut*; Domingo 14, décimanovena, *Trovador*, en la tarde *Manón Lescaut*; martes 16, vigésima, *Guillermo Tell*.

Aun antes de que principiase sus trabajos, el Empresario se echó encima la mala voluntad de la mayoría de la prensa y de muchos particulares, solicitando por medio de sus representantes y obteniendo del Ayuntamiento una subvención realmente bien exigua para el gran escándalo que produjo. *El Monitor* llamó á eso *derroche municipal*, y se expresó como sigue, en su número del 30 de Agosto: “Cuando las arcas del Ayuntamiento se hallan tan exhaustas, cuando la ciudad carece de muchas cosas que le son indispensables, cuando una parte de la población perezca de sed por falta de agua, cuando se suspenden

temporalmente los trabajos de la Obrería Mayor por falta de fondos, cuando hay muchos barrios de la ciudad en donde la vida es imposible por falta de higiene, cuando hay otros que se quejan de falta de alumbrado y de seguridad pública, es decir, cuando el Ayuntamiento tiene tanto en que invertir las sumas de dinero que desembolsamos los contribuyentes y cuya administración le confiamos, se atreve á regalar á título de subvención la cantidad de \$ 1,300 á una Compañía de Opera Italiana que cobra tres pesos por luneta. Esto es, el Honorable Cuerpo subvenciona á una Compañía de Opera con el dinero de la comunidad, para que vayan á divertirse sólo los ricos. ¿Qué bienes le resultan á la ciudad con ese desembolso? ¿Qué da en reciprocidad la Compañía del Sr. Sieni al Municipio? Ni siquiera sirve esa subvención para que ponga los precios de entrada al nivel de la generalidad de las fortunas. Es gana de mal gastar un dinero que debe ser administrado con más tino, con más prudencia.”

El efecto de la primera función de abono con *Aida*, fué regular: lució Signorini su voz extensa y conquistó á mucha parte del público con sus notas altas muy sostenidas: agradó también Lucenti y para dichos tenor y bajo fueron las ovaciones en esa noche: pasó la D'Arneyro medianamente y cautivó la Santarelli, no por su voz, sino por su belleza como mujer: el barítono De Anna no gustó á nadie. La concurrencia fué muy numerosa y escogida en palcos primeros, plateas y lunetas, y muy reducida en las demás localidades, con excepción de la galería en que hubo lleno absoluto. El resultado de la segunda función con el segundo cuadro de la compañía, fué mejor que el de *Aida*: se cantó *Fausto*, por la Corsi, la Ball, Emiliani, Carobbi y Serbolini: la primera estuvo bastante bien en *Margarita*, aunque no en toda su parte, y sólo como cantante y nunca como actriz. La Ball, bastante discreta en *Siebel*, y muy guapa como mujer. Emiliani no pasó de muy mediano, y sus amigos en México, notaron con bastante pena que no era ya ese artista lo que en otras temporadas había sido: trabajó correctamente, pero se le notó mucha vacilación en la voz, y pudo salir adelante con su papel, gracias á los buenos recuerdos que del artista de otros días se conservaban. Serbolini en el papel de *Mefistófeles* fué acogido con frialdad, pero al fin logró vencer las reservas del público, y se le aplaudió con justicia en el cuarto acto. Carobbi en *Valentín* se mostró buen artista, agradó su robusta voz y se le reconocieron buen método y buen fraseo. Estas cualidades quedaron confirmadas en *Rigoletto* que le valió un triunfo: no lo fué ciertamente esa obra para la Pettigiani, á quien apenas pudo reconocer el público en la poca fortuna con que se presentó en la *Gilda*: dijose que estaba enferma; sus admiradores de otros días quisieron creerlo y no le negaron algunos aplausos, que en justicia no mereció en toda la noche. Emiliani volvió á cantar discretamente

y á confirmar que ya no era en efecto el Emiliani de otros días. Lucenti quedó bien, y no mal la Olga Ball en *Magdalena*.

Hasta allí, los artistas de Sieni en esa temporada no parecieron en verdad cosa notable, pero pasaron con mediana fortuna, y se creyó que podría calificárseles de regulares aunque demasiado caros á tres pesos la luneta. Pero llegó la audición de los *Hugonotes*, y aun esas pequeñas ilusiones se desvanecieron: ningún artista estuvo bien en la difícil obra maestra: la voz de Signorini pareció dura, indomable, ríspida, sin claro-oscuro de ninguna especie, aunque sí tan voluminosa como su portador ó productor: en vano el apreciable artista procuró dulcificar su timbre, y el gran dúo con *Valentina* fué un desastre en el que, en buena ley, tuvo la justa mitad la D'Arneyro: De Anna en el *Nevers*, cantó mal y se vistió peor, despertando la hilaridad del público. En la repetición de *Hugonotes* no mejoró mucho el desempeño por la D'Arneyro y Signorini, pero al menos no se presentó De Anna, corriendo el *Nevers* á cargo de Carobbi, que estuvo bastante bien: de la Santarelli en el *paje Urbano*, dijo un cronista, el de *El Universal*: “fué muy aplaudida en la arieta del segundo acto, que el público le hizo repetir, no porque estuviera bien cantada ni mucho menos, sino por el gracejo y desenvoltura de la hermosa contralto.” Serbolini en el *Marcelo* no contentó á muchos, y Lucenti en el *Saint Bris* estuvo tan poco afortunado, que el mismo *Universal* se expresó así: “ojalá hubiera cantado su papel como Oliveras, el bajo de la Opera Popular, menos presuntuoso que él, pero mejor cantante.”

Tampoco el *Otello* salió bien librado de manos de esa compañía; Signorini no entendió el tipo del protagonista, y De Anna hizo un pésimo *Yago*: la Corsi cantó bastante bien, sobre todo en el último acto; como actriz no pudo estar peor, y sólo se animó algún tanto en el acto tercero, no porque se poseyese de su papel de *Desdémona*, sino porque se irritó con las brusquedades del tenor al gritarle *éste já terra!* “tal fué el empujón, dijo el cronista de *El Siglo*, que la Corsi casi se metió de cabeza en la concha del apuntador.”

No fué realmente una maravillosa audición la de *Freischutz* de Weber, la noche del sábado 29 de Setiembre en el Gran Teatro; pero comparándola con las de las obras que la precedieron, fué aquella casi un *desagravio*: Lucenti en *Kuno*; Emiliani en *Max*; Serbolini en *Gasparo*; la Corsi en *Agatá*; y la Santarelli en *Annetta*, se portaron todo lo mejor que de ellos podía esperarse, debiendo entrar en el elogio los coros que hasta allí no habían alcanzado aplauso ninguno. La orquesta, que sí se portó bien casi siempre, mereció plácemes extraordinarios esa noche, por su desempeño de la obertura y por su feliz interpretación de la *Invitación al Wals* ejecutada entre la primera y la segunda escena del tercer acto. Sólo estuvo en extremo pobre el aparato escénico, por más de que, según lo anunció la empre-

sa, el vestuario y las decoraciones habíanse traído de Milán. Como en su lugar indiqué, Sieni dijo sin razón que su compañía iba á presentar por primera vez en México esa obra: ese honor perteneció á la compañía inglesa de Emma Juch, que cantó *Freischutz* en el mismo Teatro Nacional el 1.º de Abril de 1891, de un modo muy superior al de la compañía italiana de Napoleón Sieni. No obstante, me complazco en repetirlo, la representación de la hermosa obra de Weber, fué de lo mejor que registra la compañía Sieni, y el público quedó, con sobrado motivo, contento con los artistas principales que en ella tomaron parte, con los coros, con la orquesta y con su habiísimo director Gino Golisciani.

Hernani, *Trovador* y *Traviata* que siguieron á *Freischutz* y precedieron á *Manón Lescaut*, demostraron una vez más la debilidad é insuficiencia de la compañía Sieni: esas obras que necesitan verdaderas voces como todo el repertorio antiguo; que no se salvan como se salva el teatro moderno por la importancia de la orquesta y por el convencionalismo del llamado drama musical; ese repertorio que hoy se declara en desuso, como si el oro por ser viejo dejase de ser oro; ese repertorio que tuvo la suerte de ser interpretado por artistas cantantes tan excelsos como ya no se oyen hace muchos años, es un escollo insuperable para las medianías corrientes en el teatro lírico actual; hoy casi se ha olvidado lo que fueron aquellos insignes cantantes antiguos que todo tenían que hacerlo por sí mismos, pues la orquesta apenas contribuía con sencillos acompañamientos, las más de las veces casi insignificantes. En *Hernani* debió haberse presentado un primer tenor, Giuseppe Santinelli, pero parece que él y la Empresa tuvieron sus recelos de ganarse un fracaso, y á la hora de la representación se encargó del papel Signorini, á cuyo volumen de voz no correspondían en modo alguno las demás cualidades del cantante: la Corsi en *Elvira* hizo lo que pudo; soprano ligera en principales teatros europeos, y, según un crítico competente aunque apasionado por razón de su profesión de cantante de ópera, dotada de buenas cualidades artísticas como la de saber *filar* el sonido y la de poseer una perfecta entonación, no había sin embargo reforzado bastante su voz para pretender pasar por cantante dramática: por ello, repitámoslo, en *Hernani* hizo lo que pudo, pero no lo que debió hacer. En *Trovador*, Signorini cantó con brío y afinación los dos primeros actos, y tuvo en los demás algunos tropiezos, pero se procuró estruendosos aplausos de los amantes de las notas altas; la D'Arneyro no quedó bien, aunque eran buenas su voz y su escuela: según el mismo crítico aludido, la D'Arneyro comenzaba su carrera, sólo dos presentaciones en teatros de alguna importancia llevaba hechas, y tenía el defecto de abusar de la voz de pecho con grave peligro de perder sus notas altas, y hacerla temblona: dícese también que las óperas en

que fué presentándose, las cantaba por primera vez y después de un solo ensayo de piano y orquesta: muy creíble es esto y en ello se encuentra la explicación de las deficiencias que se le notaban y resaltaban más aún por su falta casi absoluta de cualidades de actriz: la D'Arneyro, que era muy guapa mujer, gustaba de lucir su belleza, y distraída con su propia hermosura nunca se identificaba con su papel y se la veía fría en todas las situaciones, como cantatriz no de teatro sino de concierto. En *Traviata*, la Pettigiani no pudo hacer olvidar á la casi totalidad de cuantas artistas han cantado esa obra en México: pareció, dice el mismo crítico, que cantaba por fuerza, y de las obras que se le confiaron, apenas cantó algunos de los trozos principales, confirmando á todos sus oyentes en lo mucho que perdido había esta cantante desde su anterior temporada en México.

Sin duda por muchos de los motivos que expuestos quedan, la Compañía Sieni alcanzó un notable éxito con el drama lírico, en cuatro actos, de Giacomo Puccini, *Manón Lescaut*, cantado por primera vez en México, el jueves 11 de Octubre, con el siguiente reparto: *Manón*, la Corsi; *Lescaut*, Carobbi; *Des Grieux*, Emiliani; *Geronte*, Serbolini; *Edmondo*, Ferraresi; *Hostelero*, Cecarelli; *Músico*, la Ball; *El comandante*, Nicolini; Ferraresi hizo también el *Maestro de baile*, y el *Alumbrador*, y Cecarelli, el *Sargento de arcabuceros*. El libreto, basado en una novela del Abate Prevost, altera bastante el relato de ésta y hace punto menos que incomprendible el último acto, faltándole como le faltan todos los incidentes de la *Louissiane*, que determinan la catástrofe. Arreglado el drama musical de Puccini á los procedimientos de la moderna escuela, se distingue más por la ciencia que por la inspiración, y el espectador profano en música comprende que se halla ante una obra notable por su mecanismo, por lo mismo que no halla en ella esa potencia de genio que consagra, como dice un crítico, la perpetuidad de una composición en contra y á pesar del capricho y de la intolerancia de los *sabios*: el actual arte lírico es una especie de *carrera de obstáculos* para el compositor, y, por más que se diga, no conmueve á las masas.

En el drama de Puccini no faltan simpáticos motivos y hermosas frases: el dúo de *Manón* y *Des Grieux*, el coro de estudiantes, el delicado *minuetto*, el intermedio escrito á la manera de Mascagni, y la larga escena final, abundan en esas cualidades: la parte de orquesta sorprende por su sonoridad y por la explotación acertada de recursos nuevos y originales. El público se mostró *correcto oyente*, y aplaudió *con oportunidad* y con justicia. El Empresario presentó la obra con elegancia y buen gusto, con excelente vestuario, al menos á la vista, y con muy regulares decoraciones, sobre todo la muy bien dispuesta del primer acto. La Corsi en la heroína, estuvo perfectamente acertada como cantante y como actriz, y logró comunicar su entusiasmo á

Emiliani, que dijo con buen gusto y mucha expresión sus romanzas del segundo y del tercer acto. Carobbi se mostró excelente artista en el papel de *Lescaut*, y Serbolini nada dejó que desear en *Geronte*. Ferraresi en su canción del tercer acto, fué merecidamente llamado á la escena. La misma Ball no sólo estuvo bonita como siempre, sino que cantó bien. Los coros, felices como en ninguna otra ópera de la temporada. La orquesta y su director Golisciani alcanzaron justísimo triunfo. Fué aquella una representación sin lunar alguno que la desluciese, y así nos complacemos en decirlo con la imparcialidad ilimitada de que podemos hacer uso. La compañía Sieni triunfó en *Manón*, porque sin duda estuvo acertada, y porque tratándose de una obra completamente nueva en México, no pudieron establecerse comparaciones que la perjudicasen. Las repeticiones de *Manón* siempre fueron buenas, y habrían sido numerosas y productivas si el Empresario no hubiese reservado esa obra para casi el final de su abono, que en la mayoría de sus funciones no dejó contento al público y le resolvió á no acudir al llamado de un segundo, si el cuadro de los artistas había de seguir siendo el mismo que hasta allí. *Trovador* y *Guillermo Tell*, que compartieron con el drama de Puccini esas últimas funciones, no quedaron nada bien, pues si en la obra de Rossini no estuvo mal Signorini en algunos pasajes, deslució todo y á todos De Anna, en su infeliz interpretación del papel del *Libertador* de Suiza: estuvo anunciada la Pettigiani en el papel de *Matilde*, pero le cobró miedo y fué sustituida por la Corsi.

Por fortuna para Sieni, los famosos empresarios Abbey, Schoeffel y Grau le propusieron una combinación que le permitió abrir un segundo abono de ocho funciones, con el poderoso aliciente de que en las ocho tomaría parte el insigne tenor Francesco Tamagno, que tan grata memoria había dejado en México para cuantos tuvieron la fortuna de oírle en 1890 con la gran compañía de Adelina Patti, la Albani, la Nordica, la Pettigiani, la Synenberg, Ravelli, Zardo, Novara, y completísimo cuadro de notables artistas.

El prospecto, que circuló con fecha 30 de Setiembre, ponderaba el afán de la Empresa Sieni para complacer al público, al que, sin omitir sacrificio, había (habla el propietario), presentado un cuadro de artistas de reputación bien sentada en el mundo del arte. Por si en vista del trabajo hasta allí ofrecido pudiese dudar alguien de la exactitud de la afirmación, la Empresa se apresuraba á disculparse diciendo, "si las representaciones no han tenido el orden que nos proponíamos, culpa ha sido de causas independientes de nuestra voluntad, pues las diversas enfermedades que han sufrido muchos de los artistas y son propias de este clima por la altura á que nos encontramos, han interrumpido los ensayos de algunas obras." Pero todo se compensaría con la audición de un artista como el Comendador Francesco Tamagno,

"artista considerado hoy como el *primer tenor de fuerza del mundo*."

La promesa realmente era halagadora, pero en poco estuvo que el público no cayese en tentación, escandalizado con el altísimo aumento de los precios señalados á ese abono de ocho funciones, que fueron fijados así: Plateas y palcos primeros, *cuatrocientos pesos*; Segundos, *doscientos diez y seis*; Terceros, *ciento cincuenta y seis*; de Galería, *cincuenta*; Lunetas y balcones, *cincuenta*; Delanteros de galería, *doce*. —Precios de entrada eventual: Plateas y palcos primeros, *sesenta y cuatro pesos*; Segundos, *treinta y seis*; Terceros, *veintiséis*; de Galería, *ocho*; Lunetas y balcones, *ocho*; Asiento numerado en galería, *dos*; Entrada general á galería, *un peso cincuenta centavos*.

Realmente el aumento, en lunetas, de cinco pesos sobre los tres pesos hasta allí señalados, era excesivo para sólo oír á Tamagno; pues si en efecto el gran artista bien valía los *cinco pesos*, el resto del cuadro de Sieni era caro por *tres pesos*. No había costado mucho más, relativamente, la luneta en 1890 para oír no sólo á Tamagno sino también á la Patti y á su excelente cuadro. El caso es que no hubo prisa alguna para acudir al llamamiento de abono, y que bastantes días después de abierto éste, no pasaban de cuatro ó cinco los nombres de las familias inscritas. Llegó á decirse que, en vista de ello, no vendría Tamagno, pero la Empresa comunicó al público por medio de los principales periódicos, que el gran tenor vendría con toda certeza y cantaría *aunque únicamente hubiese en el teatro un solo espectador*. Sobre ello dijo el *Universal* de uno de esos días: "Hemos recibido la visita del Sr. Napoleón Sieni, Empresario del Teatro Nacional. El objeto de ella ha sido asegurarnos de la manera más explícita y terminante, en respuesta á ciertas hablillas de sus malquerientes, que el abono Tamagno, abierto al público, no es un abono condicional ó contingente sino seguro y absoluto. El célebre tenor, hoy primero del mundo, debe haber desembarcado ya en Nueva York, y es esperado en México, á más tardar, el sábado de esta semana, para *debutar* dentro de las fechas señaladas. En los programas repartidos últimamente al público, se ha hecho la declaración de que en las ocho funciones del abono, cantará invariablemente la anunciada celebridad, y ahora se empeña el Sr. Sieni en que declaremos, en su nombre, que si se diera el caso inverosímil de que no hubiera en el teatro más que un solo abonado, para ese único espectador cantará el gran artista, lo mismo que lo haría para casa llena. Esta declaración honra á los Sres. Sieni y Grau, porque prueba elocuentemente la buena fe de su proceder."

Esto animó á las familias á las cuales el lujo impone la obligación de no pararse en gastos, á salir de su reserva, y pronto mejoraron las listas de abono, y más cuando se supo que efectivamente Tamagno estaba en camino. En la mañana del Domingo 14, el gran artista entró

en la Capital, trayendo consigo á su bella hija Margarita y se hospedó en el Hotel Washington, en la calle del Cinco de Mayo.

En el acto se anunció la primera función de abono para la noche del jueves 18 con el *Otello*, de Verdi, así repartido: *Otello*, Tamagno: *Desdémora*, la Corsi: *Yago*, De Anna: *Emilia*, la Ball: *Casio*, Ferraresi: *Roderico*, Font: *Ludovico*, Serbolini: *Montano*, Nicolini. Como era de esperarse el éxito de esa primera función fué muy bueno en productos, y completísimo y extraordinario por lo que respecta al gran tenor, que asombró al público como cantante y como actor. Su fama universal y bien sentada, nos excusa de entrar en mayores detalles: sería verdaderamente ridículo que, aun pudiendo hacerlo, nos pusiéramos á discutir reputaciones alcanzadas ante todos los primeros públicos del mundo. Tamagno traía la muy envidiable suya, y á nosotros sólo nos corresponde aceptarla é inclinarnos ante ella. Artistas como él no deben ser discutidos, volvemos á decirlo, y el cronista debe limitarse á decir cómo en México fué acogido. Esa acogida hecha á Tamagno por nuestro público, se condensa en el siguiente párrafo del final de una revista de la primera representación, escrita y publicada en el *Universal*: " Guardaré la múltiple y grandiosa impresión de anoche, en el rincón de los recuerdos inolvidables, y anotaré ese instante de mi vida entre los cortos y fugitivos de supremo deleite y completa felicidad."

Hé aquí ahora el orden de las subsiguientes funciones: segunda del abono; sábado 20, *Aida*, con Tamagno en *Radamés*, la D'Arneyro en *Aida*, la Santarelli en *Amneris*, y De Anna en *Amonasro*. Domingo 21, en la noche *Mignón* y en la tarde *Trovador*, sin tomar parte en ninguna de ellas el insigne Tamagno. Martes 23, tercera de abono; *Guillermo Tell*, con Tamagno en *Arnoldo*, De Anna en *Guillermo*, Serbolini en *Gualtero*, y la Corsi en *Matilde*. Jueves 25, cuarta, *Hugonotes* con Tamagno en *Raúl*, la D'Arneyro en *Valentina*, la Pettigiani en la *Reina*, la Santarelli en *Urbano*, Carobbi en *Nevers*, Serbolini en *Marcelo*, y Lucenti en *Saint Bris*. Para el sábado 27, quinta del abono, estuvo anunciado *Poluto*, con Tamagno, pero por indisposición de la Corsi se cambió la obra de Donizetti por *El Trovador*, de Verdi, con el gran tenor en el protagonista. Domingo 28, *Lucia*, en la noche, y *Guillermo Tell* en la tarde, sin Tamagno en ninguna de ellas. Martes 30, sexta, *Poluto*, con Tamagno en el protagonista, De Anna en *Severo*, la Corsi en *Paulina*, y Lucenti en el *Gran Sacerdote*: esta función fué calificada como en *honor del maestro Gohisciani*, y la orquesta ejecutó en el primer intermedio la *Invitación al Wals*, de Weber, y el violinista D. Andrés Gaos Berea tocó, en otro entreacto, el Segundo Concierto (óp. 22), de Wieniawski. Jueves 1º de Noviembre, sétima, en beneficio de Francesco Tamagno y á reiterada petición del público, se repitió *Otello*: en la tarde y sin el concurso del artista,

se cantó *El Trovador*. Sábado 3, octava y última del abono, y despedida de Tamagno, *La Africana*, de Meyerbeer, con aquel en *Vasco de Gama*, la D'Arneyro en *Selika*, y Carobbi en *Nelusko*. El domingo 4, la Compañía Sieni se despidió á su vez de México cantando en la tarde *Manón Lescaut*, y en la noche y á beneficio de Francesco Signorini, *Cavalleria Rusticana*, de Mascagni, y el drama lírico *I Pagliacci*, de Leoncavallo.

La sorprendente y muy singular interpretación de *Otello* por Tamagno, hizo que en esa obra, que el gran artista llena, por así decirlo, por sí solo, no se notase gran cosa, al menos por muchos, la absoluta debilidad y carencia de facultades de los artistas de Sieni para acompañar á aquél. Pero en las subsiguientes obras, que no se encuentran en iguales condiciones, los efectos fueron deplorables y se perjudicó no sólo el conjunto sino también el éxito del primer artista. *Aida* quedó malísimamente. *Guillermo Tell* salió bastante mejor del naufragio, porque la empresa, de acuerdo con los oyentes vulgares y los revisteros *churles* que ni saben ni alcanzan á comprender ese gran poema musical del gran Rossini, mutiló la obra de modo y manera que resaltasen en toda su colosal magnitud artística las sublimes páginas de la obertura, las confiadas al tenor, el trío *sin semejante* con el coro sorprendente que le sigue, el dúo con *Matilde* y el aria formidable del último acto: Tamagno estuvo digno de sí mismo, y la Corsi y Serbolini bastante bien. Los aplausos fueron entusiastas, estrepitosos, repetidísimos. Salieron bastante mal los *Hugonotes*: en la romanza del primer acto el gran artista no estuvo feliz: Serbolini compuso algo el mal humor del público con su acierto en varios pasajes de su papel, pero la Pettigiani y la Santarelli y Carobbi, desbarataron lo ganado y los coros dieron al traste con la paciencia general, y hubo *ceceos* que sólo la presencia de Tamagno moderó, pues no era posible que cesasen por completo cuando tanto erraba la D'Arneyro: el *rataplán* mereció una silba y la escena de la conjuración debería haberse ganado no sólo una sino tres ó cuatro: cuando los frailes ponían los listones ó vendas en los brazos de su gente, alguien dijo *mejor pónganselas en la boca*. Vino el dúo, el gran dúo, el famoso dúo, y todo el trabajo, todo el arte de Tamagno, se estrellaron contra la fría impasibilidad de la D'Arneyro: dejemos hablar al revistero del antiguo *Trait d'Union*:

"Le public bon enfant, espérait se rattraper sur le duo de *Valentine* et de *Raoul*; il avait compté sans son hôte c'est à dire sans Mlle. d'Arneyro. Elle paraissait ne prêter qu'une médiocre attention, qu'une oreille distraite aux aveux passionnés de *Raoul*. Comme *Saint-Bris*, elle semblait en proie à des crampes, à des tiraillements d'estomac. La pauvre fille se tordait dans des convulsions qui paraissaient causées par l'ingestion de champignons vénéneux. Dame! comment prêter